

DIOS CUIDA AL NIÑITO MOISÉS

Propósito: Que cada niño crea que Dios le ama y le cuida

Énfasis para los menores: Que nuestro Padre Celestial nos ama y nos cuida.

Énfasis para los intermedios: Debemos tener fe en Dios en vez de temer a la gente.

Énfasis para los mayores: Ejercer en la vida diaria la fe en nuestro Dios de amor.

Versículos para aprender de memoria:

Menores: “...él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

Intermedios: “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

Mayores: “Porque por gracia sois salvo por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8)

Historia bíblica:

(Los puntos en letras cursivas se usarán según la comprensión de los alumnos).

En Egipto los hermanos de José vivieron bien en la región más rica del país, aunque en otras partes del mundo había hambre. El rey Faraón estaba contento con la ayuda de José en salvar a Egipto del hambre, y les dio de lo mejor de todo. Tuvieron muchos hijos y nietos, y llegaron a ser muchísima gente.

Pero aquel rey se murió, y un nuevo Faraón, que no conocía a José, no quería tener tanta gente de otro pueblo en su tierra. Dijo a los suyos: “Vean, estos israelitas son más que nosotros, y más fuertes. Si les dejamos, y viene una guerra, ellos pueden juntarse con los enemigos para pelear contra nosotros, y así llegarían a ser nuestros jefes.

Vamos a pensar bien qué hacer con ellos para que no crezcan más”. Los egipcios empezaron a ponerles trabajos duros a los israelitas, con jefes que les obligaban a hacer ladrillos, casas y hasta ciudades enteras. (Muestre el dibujo de la esclavitud).

Los israelitas pasaron 430 años en Egipto, (Éxodo 12:40. La bienvenida y el privilegio se acabaron al final de los primeros 30 años, porque fueron maltratados 400 años (Hechos 7:6). ¿Por qué sería que Dios permitió tanto sufrimiento por tanto tiempo? Por una parte, en cuanto a los israelitas, Dios los quiso preparar para ocupar la tierra prometida: (1) Debían crecer en número; una familia no bastaba para llenar la tierra. (2) Necesitaban entrenarse como atletas, rigurosamente. Aprendieron por estas experiencias que Dios era todopoderoso, que ellos eran su pueblo, y que le debían obedecer. (3) Les gustaba Egipto, y no sentían deseos de volver a la tierra prometida hasta que el sufrimiento les hizo desear un lugar mejor. Por otra parte, en cuanto a los de Canaán, la maldad de los amorreos no se había cumplido todavía, como Dios había explicado a Abraham en Génesis 15:16. Dios iba a usar a los israelitas para destruirlos cuando llegara el tiempo designado.

En los sufrimientos los israelitas siguieron creciendo aún más, porque Dios les ayudaba. Eran su pueblo. Los egipcios se asustaron, y les dieron trabajos cada vez más duros. Los castigaban con látigos y les hacían sufrir hasta amargarles la vida. Pero igualmente crecían en número.

Los israelitas estaban cosechando lo que sus padres habían sembrado. Los hermanos de José lo vendieron como esclavo, y ahora ellos y sus hijos sufrirían esclavitud. “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

Entonces Faraón, desesperado, pensó hacer algo todavía peor, pero quiso hacerlo sin que nadie lo supiera. Llamó a las mujeres que atendían a las madres israelitas, y les dijo que cuando naciera un niño, lo mataran, y si era una niña, que la dejaran viva.

El enemigo, Satanás (Génesis 3:15) procuraba por medio de este rey Faraón matar a todo niño varón de los israelitas, porque él sabía que de esta nación vendría el Señor Jesús, el Redentor. En otra ocasión, mucho más tarde, Satanás procuró matar al niño Jesús por medio de otro rey (Herodes, el Grande, Mateo 2:16). Satanás es también nuestro enemigo, porque “cual león rugiente anda alrededor buscando a quién devorar” (1 Pedro 5:8). Pero sabemos, como dice 1 Pedro 5:7, que Dios tiene cuidado de nosotros.

Pero las parteras temieron a Dios. No quisieron matar a los niños, y no obedecieron al rey. Faraón se enojó con ellas, pero Dios las bendijo. El Señor dice en su Palabra: “Yo honraré a los que me honran” (1 Samuel 2:30). También dice que Dios no es injusto para olvidar nuestro trabajo (Hebreos 6:10). La idea de Faraón no resultó, pero todavía estaba decidido a acabar con los niños israelitas, y publicó una ley mandando echar en el río a cada niño varón hebreo cuando naciera. Pero aunque él pensaba hacerlo: “No hay sabiduría ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová” (Proverbios 21:30). La Biblia dice: “Si Dios es con nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31). Vamos a ver lo que hizo Dios:

Había una familia de los israelitas que amaba a Dios. La mamá se llamaba Jocabed, el papá se llamaba Amran, el hijo mayor era Aarón, y su hermanita se llamaba María. En su hogar acababa de nacer un nuevo hermanito. Era lindo, pero no podían estar muy alegres, porque lo amaban y no querían dejarlo morir en el río como había mandado el rey. Entonces pensaron: “Vamos a esconder al niño”, porque tenían fe que Dios iba a ayudarles, y sabían que el niño era agradable a Dios (Hechos 7:20). Pudieron esconderlo tres meses, pero ya lloraba muy fuerte, y se dieron cuenta de que no podían esconderlo más. La mamá buscó juncos, que son unas plantas del río, para tejer una arquilla, un barquito.

Los juncos (hebreo “game”) que crecían en el fango eran de la planta de papiro que se conoce más por el papel de escribir que se hacía de él, sacando el meollo del tallo; pero también el papiro era útil para fabricar zapatos y también se usaba para hacer botes grandes.

La mamá puso brea dentro y fuera de la arquilla para que el agua no entrara, como hizo Noé cuando Dios le mandó construir el arca grande. Cuando terminó, puso a su hijito adentro, pensando: “Dios me lo va a cuidar”.

Dios la guió para que ella supiera qué tenía que hacer. La Biblia dice que los padres tenían fe (Hebreos 11:23), y “la fe es por el oír” (Romanos 10:17). Ellos confiaban en Jehová y no se apoyaban en su propia prudencia. Le reconocieron en todos sus caminos, y él los guió en todo tiempo (Proverbios 3:5-6).

La mamá llevó la arquilla con su carga tan preciosa al río y la puso en un carrizal para que la corriente no la llevara. ¡Con cuánta tristeza tuvo que dejar a su niño allí! Pero no lo abandonó. Sabía que Dios lo cuidaba, y dejó a su hermana María observando para ver qué le pasaría. (Muestre el dibujo de María). La mamá dejó todas sus preocupaciones al Señor, que es lo que podemos hacer nosotros también, porque él cuida de nosotros. (1 Pedro 5:7).

Dejar la arquilla era un acto de fe, porque allí ahogaban a los niños. Además, era el lugar donde se bañaba la hija de Faraón.

María se quedó esperando. No fue a jugar con ninguna amiguita. Hizo lo que su mamá le dijo. ¡Qué tristeza hubiera sentido si se hubiera ido y su hermanito hubiera desaparecido sin que ella lo supiera! Pero María no se fue, sino que obedeció. Nosotros también debemos obedecer, y así Dios nos puede bendecir y usarnos para bendición de otros. No sabemos cuándo una acción que nos parece de poca importancia puede tener resultados muy importantes.

Por fin María, que estaba observando todo, vio venir a la princesa, la hija del mismo rey Faraón, el que había ordenado matar a los niñitos. Ella bajaba al río para bañarse. Mientras paseaba por la orilla con todas sus doncellas, la princesa vio algo raro, de color negro, moviéndose en las aguas dentro del carrizal. Era la arquilla untada de brea. María apenas pudo respirar, mientras esperaba con algo de susto y con algo de esperanza a la vez. Vio cuando la princesa mandó a una de sus criadas a buscar la arquilla y vio cuando la abrió. Pensaría: “Ay, mi hermanito tan querido, ¿qué te hará la princesa?, porque ella conoce la orden de su papá, el rey”. María fue acercándose para ver y oír mejor. (Muestre el dibujo de la princesa con el niñito).

María escuchó que el chiquito lloraba, y vio que la princesa tuvo lástima. Se contentó cuando escuchó a la princesa decir con compasión: “Este es un niño de los hebreos”, y aprovechó la oportunidad, porque parecía que la princesa quería tener al niñito como hijo propio. Le preguntó: “¿Quieres que yo te llame a un ama de las hebreas para que te críe este niño?”. Cuando le contestó: “Ve”, María estaba casi fuera de sí de gozo. ¡Su hermanito se había salvado! ¡Dios había visto la fe de su familia, y lo había cuidado!

¡Cómo correría! Quería que su mamá, su papá y su hermano Aarón lo supieran lo más pronto posible. Diría de lejos: “¡Todo está bien! La princesa lo encontró y quiere tenerlo, ¡y quiere que mamá lo cuide! Vamos mamá, que la princesa está esperando”. Las dos, corriendo, volvieron al río, y la mamá se puso a la orden de la princesa, quien le dijo: “Lleva a este niño, y críamelos, y yo te lo pagaré”. Así que no solamente pudo tener a su hijito otra vez, sino que le pagaban por cuidarlo, y ahora no tenía que esconderlo. ¡Qué alegría sentían en aquel hogar!

¿Quién salvó al niñito? ¿Fue la mamá? ¿María? ¿La princesa? No. No fueron ellas. ¡Fue Dios! Dios usa a la gente. (Somos colaboradores de Dios, 1 Corintios 3:9). Debemos estar listos para obedecerlo.

Dios cuidó al niñito, y lo salvó de una muerte en el río. Tenía un plan para su vida. Lo iba a usar para grandes obras y para la salvación de muchos. Nosotros somos semejantes al niñito en la arquilla que no podía salvarse, porque estamos perdidos en el pecado, y la paga del pecado es la muerte. No nos podemos salvar del pecado ni protegernos contra el enemigo. Pero Dios nos ama y nos cuida. Él nos ha provisto de una arquilla como la mamá para su hijito, y él vela sobre nosotros como María velaba por su hermanito. Dios nos ha mandado al Señor Jesús para ser nuestro Salvador como mandó a la princesa para sacar al niñito del río. Estamos seguros, y el enemigo no puede dañarnos.

Lo más precioso era que los padres podían enseñarle acerca del Dios verdadero, (Muestre el dibujo de la mamá enseñando al niño), y de las historias de Abraham, Isaac, Jacob y José. Le contaban cómo Dios había prometido a Abraham que después de 400 años llevaría a los israelitas otra vez a la tierra prometida. Ese tiempo ya se acercaba.

Quizás sabían que Dios iba a usar a su hijo. No sabemos cuánto Dios les reveló. Los padres sabían todo el peligro de la corte pagana de Faraón, donde adoraban a muchos ídolos, pero tuvieron fe en Dios que cuidaría a su hijo allí también, y cuando creció, lo llevaron a la princesa. Ella lo adoptó como hijo suyo y él vivía en el palacio como un príncipe. Su nueva mamá le llamaba “Moisés”, diciendo: “porque de las aguas te saqué”.

Pero Moisés sabía quién era, y amaba a su verdadera familia, y a Dios, y nunca los olvidó. En la próxima historia veremos lo que él hizo cuando era un príncipe ya grande.

Para los no creyentes: Usar la lección objetiva grande de la arquilla, que se encuentra al final del libro, para mostrar la necesidad de estar en Cristo para salvarse: Aunque el niñito Moisés estaba en el

lugar de la muerte, el río, él estaba seguro en la arquilla. (Como Noé también estaba seguro en el arca cuando el agua del juicio de Dios ahogó al mundo). El Señor Jesucristo, que llevó nuestra muerte en la cruz, es nuestra arca de salvación. Si hay algún niño aquí que todavía no ha creído en el Señor Jesús como su Salvador, puede hoy entrar en el arca para estar seguro. Como la fe puso a Moisés en la arquilla, por fe aceptamos a Cristo y así entramos en el arca de salvación. Cada uno puede ser salvo en Cristo y puede saber que el Señor le está cuidando.

Para los creyentes: Los que hemos creído en Cristo ya estamos en el arca de salvación y sabemos que el Señor nos está cuidando. Debemos estar dispuestos a obedecer como María y tener fe como sus padres. Así Dios nos usará para que otros le conozcan y se salven.

Para los pequeños: (1) Realizar la actividad en el libro del alumno. (2) Colorear una hoja sacada del mini cuaderno, usándola como emblema. Los niños pueden llevarla a casa. (3) Después de mostrar la lección objetiva grande de la arquilla (que se encuentra al final de este manual), hacer una pequeña para cada alumno, usando moldes, siguiendo las instrucciones de la arquilla grande.